

UNA OBRA DE ZORRILLA EN EL TEATRO MARÍA GUERRERO

El día 13 de diciembre se repuso en el teatro María Guerrero, por la compañía en la que figuran Ricardo Calvo y Elvira Noriega, el drama de Zorrilla «Traidor, inconfeso y mártir».

EN las discusiones que sostuvieron antes del estreno de «Traidor, inconfeso y mártir» Julián Romea y José Zorrilla, este último insistió mucho en decir al gran actor que esta obra era la mejor producción teatral que había salido de su pluma. Y en buena preceptiva no se equivocó el autor de «Los cantos del Trovador», pues si bien «Don Juan» fué lo que le dió justa fama popular y más tarde crítica, «Traidor, inconfeso y mártir» es la obra en que la línea dramática y la belleza del verso, perfectamente unidas en la acción, dan como resultado el más equilibrado concepto y realización en el teatro de Zorrilla. Todos sabemos que el día del estreno, celebrado el año 1850, en función-homenaje a Matilde Díaz, esposa de Julián Romea, el éxito triunfal no se produjo, resultando ciertas las predicciones que antes había hecho su autor. A ello puede que contribuyera la actuación de Romea, que en el papel del rey Don Sebastián no logró la identificación que tan fácilmente encontró en tantas interpretaciones felices. La consagración del drama vino más tarde, cuando Calvo y Vico lo incorporaron a su repertorio en veladas inolvidables.

Son curiosas las palabras que el propio Zorrilla escribió cuando intentaba disuadir a Julián Romea de la dificultad que para el actor de un teatro naturalista suponía el empeño :

«Tú crees que la verdad de la naturaleza cabe seca, real y desnuda en el campo del arte; más claro: en la escena; yo creo que en la escena no cabe más que la verdad artística. Desde el momento en que hay que convenir que la actuación de la batería es la del sol; en que la decoración es el palacio o la prisión del rey Don Sebastián; en que el jubón y el traje y hasta la camisa del actor son los del personaje que representa, no puede haber, en medio de todas estas verdades convencionales del arte, y dentro del vestido de la creación poética, un hombre real, una verdad positiva de la naturaleza, sino otra verdad convencional y artística: un personaje dramático, detrás y dentro del cual desaparezca la fisonomía, el nombre, el recuerdo, la personalidad, en fin, del actor.»

Las palabras, que exasperaron a Julián Romea, constituyen una buena lección teatral, y parece que han sido aprovechadas por la inteligente Dirección del teatro María Guerrero, que, en su magnífica campaña artística, ha querido rendir tributo y homenaje a la figura de José Zorrilla con la reposición de una de sus mejores obras y que hace largos años no se representaba.

La versión escénica que se ha logrado con «Traidor, inconfeso y mártir» es de gran interés, pues con un decorado simplista, desenvuelto en un tono neutro, sobre el que juegan los colores, se ha conseguido que el relieve del vestuario y de las fisonomías y las manos cobren nuevo valor y centren la atención fisonómica de la acción. Esto es importante, y ha sido un ensayo feliz. Los versos, difícilmente fáciles del drama, en que la belleza innegable de la forma acompaña siempre a un contenido humano en su desarrollo, lleno de interés, que termina en un grandilocuente final, es una lección de bien hacer y bien decir, dentro, claro está, de las normas obligadas de la época, que llegaban incluso a decir a Zorrilla que, «por gusto del público», tenía que añadir versos para

que la serie de imprecaciones y apóstrofes lograsen crear el clima propicio y esperado por el público.

Entre los aciertos de la Dirección del teatro María Guerrero, dependiente del Ministerio de Educación, conviene destacar que en la interpretación del rey Don Sebastián intervino el ilustre actor Ricardo Calvo, que, con su valía, incorporaba también un apellido íntimamente ligado a los triunfos interpretativos del protagonista.

La fragancia de la leyenda escenificada del rey de los tristes destinos, que trataron Escosura en su «Ni Rey ni Roque» y el prolífico Fernández y González en «El pastelero de Madrigal» y tantos otros, no disminuye el valor emocional, dramático y poético con que le dotó Zorrilla, que en esta obra puso, como en toda su vida, el caudal de su amor y de su esperanza inagotable.